



Niñez: In

El 12 de Abril de 1952, la Organización de Estados Americanos (OEA) y la United para los niños] – (UNICEF), redactaron la Declaración de Principios Universales (el país debería fijar una fecha para festejarlos. En nuestro país, durante la

Alberto Guerra (*):

Ya sabe "pitar"

Se ha sentado a "pitar" junto a la cuadrilla que le pide al "tío" más riqueza, más pan.

El "tío" ya es el aire, la luz y el camino.

Coca y alcohol el niño –que ya no es niño– ha modelado un "tío" –sobre la luz del pan, un largo camino–.

"Chivato", "chasquiri", "matapalo", "perforista", "maquipura", "rentista" y "juqueador".

Sobre la luz del pan y el dolor del niño ha tejido solo ¡tan largo camino!...

Están relocalizados

La luz ya no es la misma, la luna no brilla igual.

No es igual el rincón del campamento para descansar que las frías calles, abiertas de la ciudad.

De la mina a la calle, el minero rumbador.

De la pulpería a la nada la heroica mujer del ayer.

De sus sueños y fantasía los niños de metal.

Todos relocalizados de la mina a la mendicidad.

Relocalizados de sus sueños y sus juegos, sedientos y con hambre los niños mineros caminan, de soledad en soledad...

(*): Poeta y prolífico escritor. Oruro, 1930 – 2006.

Clofi, el mono verde

–Mami, vamos a la selva esta noche. ¿Qué te parece? –propuso mi hija del alma.

–Cómo no, mi amor –repuse. –En la selva acontecen cosas extraordinarias...

–... y divertidas –añadió Cecé.

–Sí, pero no siempre. Recuerdo la historia de un mono viajero, que aprendió mucho con sus viajes...

–¿Como nosotras? –interrumpió mi cello.

–Oh, muchísimo más. En nuestros viajes la pasamos bien. Nos divertimos, más que nada. En los viajes reales la cosa a veces se pone seria, agotadora, triste en ocasiones, conflictiva en otras...

–¿Conflictiva?

–Sí, como en el viaje que haremos ahora. Aunque lo que le ocurrió al mono sucedió después y no durante sus numerosos viajes. Entonces, digamos que:

Después de varios años de haber hecho expediciones en las selvas del mundo, regresó a su pequeña y amada jungla un mono, a quien sus familiares llamaban con cariño Clofi, aunque su nombre era Clófilo.

Sin embargo, este mono ya no era como los demás de su pequeña jungla. El investigar, viajar y vivir en otras selvas, lo habían convertido en un mono diferente, muy diferente: era verde y no café, ni tampoco negro como el resto de los monitos de su comunidad.

–¿Cómo así? –quiso saber mi pequeña.

–Lo que pasa es que Clofi tenía pasta de científico desde siempre. Era bastante solitario y al visitar muchas otras selvas, tenía cuidado de nutrirse sólo de hojas bien verdes. Éstas le nutrían el cerebro, lo hacían sabio y poseedor de más conocimiento. En sí, también le cambiaron la mentalidad: se convirtió en un mono pensador, pacífico y tranquilo –inventó.

Por todo ello, los demás monos lo miraban con desconfianza. Sin embargo, Clofi no se sentía diferente. Él estaba feliz de haber retornado a su hogar; de estar cerca de sus seres queridos.

Empero, también su familia lo encontraba algo extraño. Cuando él partió, lo hizo de color café, como todos ellos, y ahora era verde. –¿Cómo pudo ocurrir algo así? –se preguntaban. Aparte del color, notaron que él era también distinto por dentro: era un mono libre y nada tímido. Se movía de llana en llana con mucha seguridad y tenía una conducta bastante independiente. Casi siempre se excluía del grupo y se sentaba sobre la gruesa rama de un árbol a pensar y meditar. Todo esto les parecía a los demás muy raro. Ellos estaban siempre juntos; para hacer algo consultaban entre ellos y jamás hacían nada, porque nunca faltaba alguien que lo hallara mal y se la pasara criticando. Libre de todo esto, Clofi hacía lo que más le gustaba y, por cierto, hacía muchas cosas y... las hacía bien. Madrugaba, pues aprendió en otras selvas que el levantarse temprano significa ganar tiempo.

De ahí se iba a comer las hojas más jugosas y verdes de la selva. Él sabía dónde estaban y sabía reconocerlas de inmediato. No habían muchas de las que tenían tanta clorofila, pero él sabía que tenían que ser éstas para poder conservar su lindo color verde, que lo ayudaba a filosofar, a soñar y a realizar inventos.

Clofi no entendía por qué los otros comían cualquier hoja y no de éstas. "También los otros podrían ser verdes", pensaba. Pero, al parecer, los otros querían permanecer café y procuraban no comer muchas hojas con clorofila. Se servían de las ya casi secas.

Uno que otro de ellos se daba cuenta de que él comía de esas hojas jugosas se volvía verde, pero no se atrevía a hacer estos cambios en su alimentación. No querían saber nada. Ellos crecieron café y morirían de ese color.

Cierta día, estando como siempre todos juntos almorzando unas deliciosas bananas, se apareció un peligroso grupo de chimpancés, que querían quitárselas. Todos empezaron a gritar y a saltar, armando un caos.

Los más "vallantes" tomaron unas hojas secas de palmeras que yacían en el suelo y se las dieron en la cabeza a los chimpancés con toda su fuerza. Clofi saltó a una de las ramas más alta de un árbol de tronco grueso que había cerca de él y se sentó a observar la pelea. Su color le permitió pasar desapercibido, pues se mimetizó con el de las hojas del árbol. Después de una feroz lucha, quedaron los monitos todo mal heridos y contusos. Y al final no hubo ni vencedores ni vencidos.

Clofilo se bajó ágilmente del árbol, contento y alegre, como si no hubiera pasado nada. Los demás monitos lo miraban con rabia y envidia, pues ellos se enfrentaron a los chimpancés sin necesidad haciendo uso de la violencia y de la agresividad para solucionar un problema, como en los tiempos primitivos. Siendo de color verde, hubiera primado el lema "más vale maña que fuerza", engañando y

burlando los monitos de esta forma al onomigo. Mimetizándose entre las hojas verdes ellos estarían ahora sanos y salvos, como Clofi.

–Mami –dijo Cecé, que tenía los ojos somnolientos.

–¿Sí, mi amor? Pensé que ya estabas dormida... –repuse.

–No. Lo que pasa es que la historia de Clofi me dejó pensativa, ¿sabes?

–Pero, ¿por qué?

–No me parece un mono simpático. Él es muy egoísta. Bien podría haberles dicho a los otros monitos de su selva que las hojas verdes de las que él comía, los hacían sabios.

–Cierito. "Saber es poder" –comenté yo-. Pero, ¿tú crees que le hubieran hecho caso?

–¿Por qué no? Los otros monitos no eran tontos...

–Tienes razón, sólo que a veces la mayoría no toma en cuenta la opinión de los científicos o la de los sabios. Prefiere resistirse al cambio, permanecer en la ignorancia... A menudo los científicos pierden tiempo tratando de hacer entender las cosas a la gente y ocurre que no es el momento para ello. Varios de ellos han estado adelantados a su época y han muerto incomprendidos y solitarios...

–Sí, pero Clofi era el que se alababa. Los otros monitos eran solitarios, se ayudaban entre sí. Eso me parece bonito, ¿no crees? –acotó Cecé.

–Sí, desde luego. Clofi podría haberse acercado más a ellos. Podía haber entablado un diálogo, haberles enseñado a discutir y a hablar sobre los problemas, ¿es eso lo que quieres decir?

–Uhm –balbuceó mi niña, ya medio dormida. –El mono creía que era mejor ser verde y no pelar, pero los otros sabían que a veces hay que luchar por ciertas cosas...

–Es verdad. Pero ahora se hace tarde. ¿Qué tal si dejamos que los otros niños que se enteren de esta historia, sigan discutiendo sobre Clofi? –pregunté.

Mi hija ya no contestó.

Gladys Dávalos Arce. Poeta, escritora y políglota. Oruro

La piel del sapo

(de una leyenda popular)

¡Crocl, ¡crocl, ¡crocl! Aquí estoy yo, dispuesto a explicarles por qué tengo estos moretones en la piel.

Hace mucho tiempo, fulmos invitados mi amigo el cuervo y yo, a ciertas fiestas que iban a hacerse en el cielo.

El día fijado, aproveché un descuido del cuervo y me metí en la guitarra que él llevaba para tocar en las fiestas.

Cuando mi amigo llegó al cielo, todos le preguntaron por mí –pues ésa es gente muy cortés– y el cuervo, creyendo que yo me había quedado en la tierra, dijo que los sapos no podemos hacer viajes tan largos, y menos por el aire. Luego, dejando su guitarra a un lado, se sentó a la mesa.

Entonces yo, procurando que nadie me viera, salí de mi escondite y haciendo como que llegaba en aquel momento, saludé a todos ¡Crocl, ¡crocl, ¡crocl!, y empecé a divertirme, Coniando, cantando y bailando...

Concluidas las fiestas, todo el mundo se retiró y yo, creyendo que mi amigo estaba distraído, volví a esconderme en la guitarra... Pero ¿qué? Esta vez no me fue tan bien, pues al regresar a la tierra, el cuervo, que sin duda sabía que llevaba un pasajero sin boleto, puso la guitarra boca abajo y, ¡claro!, yo salí de ella ¡como balá!

Cayendo desde las nubes, me deshacía gritando: ¡crocl, ¡crocl, ¡crocl, pidiéndoles a las piedras que se hicieran a un lado, mientras el cuervo, riendo: ¡cuaj!, ¡cuaj! Me respondía que no tuviera miedo porque, del mismo modo que había subido hasta el cielo, podía bajar a la tierra...

¡Indignol... Por culpa suya, pues, me di un golpe tan grande, que aún tengo los moretones en la piel.

German Berdiales. Escritor, profesor y periodista argentino. 1896 – 1975

